

Philip K. Dick

Ir tirando



Virginia y Roger Lindahl consiguieron reunir algunos ahorros durante la guerra, trabajando frenéticamente en los peores turnos de las fábricas de armamento. Aunque Roger siempre soñó emplearlos para volver al paraíso infantil de su Arkansas, su mujer o el destino se impusieron a sus planes por primera vez: era mucho mejor abrir un taller de televisores, el negocio del futuro y la imagen del mundo que nacía.

Pero esa realidad no estaba exenta de maldiciones y monstruos. La primera maldición fue un hijo enfermo de asma, Gregg. El primer monstruo fue la sospecha de que Virginia tenía trazados unos planes de vida en común que no coincidían para nada con los suyos. Y, desde luego, Virginia no pensaba dejar escapar ni una brizna de su radiante vida como accionista del sueño norteamericano, simplemente porque su marido se sintiera atraído hacia una estúpida vecina llamada Liz Bonner.

La patética odisea de Roger Lindahl, condenada desde el principio a la rendición y el fracaso, se hace imagen de unos tiempos en los que ya no se puede «ir tirando», sin más, porque el mundo se ha convertido en un lugar donde hay que devorar o ser devorado, y donde los mansos nunca llegarán a heredar la Tierra, probablemente porque ya no quedará Tierra alguna que heredar: sólo perdurarán los depósitos de chatarra y las ruinas emocionales dejadas en el campo de batalla de la vida cotidiana.

1

Era la primera vez que hacía ese viaje. Había vivido en Los Ángeles durante casi nueve años, pero nunca había tomado la Autopista 99, la ruta interior más rápida a San Francisco, casi ochocientos kilómetros al norte. Tan pronto como dejó atrás las últimas estaciones de servicio, los cafés y algunas casas aisladas, la autopista se dirigió en línea recta hacia las montañas; de repente, se encontró inmersa en una compacta aglomeración de coches y camiones que circulaban a toda velocidad —una ojeada al velocímetro la informó de que corría a unos ciento cuarenta kilómetros por hora— a través de una brecha practicada en las primeras estribaciones montañosas. Ante ella se alzaban las montañas; su aspecto era triste y desolado. Seguro que nadie vivía allí. Los camiones Diesel la adelantaban por ambos lados; los conductores, desde lo alto de su cabina, le dedicaban el acostumbrado vistazo desdeñoso e indiferente que tanto la enfurecía. Y después doblaban la curva y se perdían de vista.

«Señor», pensó. Sus manos, aferradas al volante, estaban blancas y húmedas. El estruendo de los camiones aún resonaba en sus oídos.

—Corren bastante —le dijo a Gregg, que se sentaba a su lado.

—Sí —respondió él con el mismo tono.

Ambos eran conscientes de su insignificancia. Habían sido reducidos al tamaño de motas de polvo. Tres camiones más les adelantaron mientras compartían su inquietud.

—No puedo hacerles la competencia —le dijo a Gregg—. Podría, pero no lo haré. Por Dios, vamos a ciento diez. Algo ridículo para esta autopista. Esos camiones van a ciento cuarenta.

«¿Te imaginas —pensó— qué pasaría si al doblar una curva se encontraran un coche atravesado en el camino?» Los periódicos abundaban en noticias de esta índole, pero nunca había sido testigo de algo semejante; si bien, por cierto, una vez contempló cómo un camión de reparto de leche había arrollado a un taxi. Vidrio y leche se desparmaron en todas direcciones, así como fragmentos del taxi.

—Es increíble —le comentó a Gregg— que haya gente capaz de conducir de esta forma todos los días de nuestra vida.

—No iremos muy lejos, ¿verdad?

Las manos de Gregg se retorcieron sobre su regazo con movimientos lentos y nerviosos que le ayudaban a relajar la tensión, al igual que hacía su padre. Una arruga se formó en el entrecejo del muchacho, aleteó y murió, alcanzó su nariz y luego su boca hasta concretarse en una leve expresión de preocupación. Ella sujetó el volante sólo con la mano izquierda y alargó la derecha para darle una palmada tranquilizadora; su hombro era duro y rígido como el hueso. «Hueso», pensó. Sí, se había atrincherado en sus huesos como si quisiera ver pasar las cosas desde un refugio seguro. Una mirada distraída de vez en cuando, y nada más.

—No está muy lejos. Sólo iremos por la autopista un ratito. Luego nos desviaremos. Abre el mapa.

Desdobló el mapa con un crujido de papel.

—Mira —dijo ella sin apartar los ojos de la carretera—, ¿sabes dónde estamos? La ruta está marcada con lápiz sobre la Autopista 99, ¿lo ves? Con lápiz rojo.

—Sí.

—¿Ves esa desviación? —Fijó la vista por un instante en el plano—. Creo que es la Autopista 126.

—Sí.

—Dime si hay alguna ciudad por ahí.

—Me parece que no —contestó Gregg tras una larguísima pausa.

Un coche deportivo, negro como una pasa, les adelantó y los dejó atrás.

—Detesto esos trastos —dijo Virginia.

—Son divertidos. —Gregg se incorporó para verlo mejor—. ¡Caray!

Virginia recordaba que para tomar la desviación necesitaba situarse en el carril más a la izquierda, del que le separaban otros tres. No veía ninguna señal, y empezó a pensar lo peor. El tránsito que circulaba a su izquierda era denso, constante, como si los coches y los camiones acelerasen sin cesar en un intento de cortarle el paso. Puso el intermitente de la izquierda, pero los coches lo ignoraron. O quizá lo fingían. Escrutó los rostros de los conductores: serenos, bien afeitados, intachables.

—Saben que quiero salir —le dijo a Gregg—. ¿Cómo puedo salir si no me dejan? —La desviación venía a continuación de la siguiente curva, a menos que ya hubiera pasado de largo—. Mira el plano; comprueba cuándo viene la próxima salida.

Gregg agitó el plano.

—¡Rápido!

—No lo encuentro —dijo el muchacho con su voz gangosa e insegura.

—Dámelo. —Aferró el volante con la mano izquierda y trató de mirar el plano; pero no podía mantener la vista fija. Un claxon sonó a su izquierda y se vio obligada a mantenerse en su carril—. Déjalo —dijo al chico apartando el plano de un manotazo—. No entiendo por qué no me dejan paso.

Gregg se acurrucó en el asiento y se hundió en sus pensamientos. Esa actitud la sacaba de quicio; se sentía aislada. ¿Y a quién le importaba? Pero de repente se abrió un hueco en la circulación, pasó al carril contiguo y llegó por

fin al que quería. Era el más rápido y, sin darse cuenta, adelantó a todo el mundo a tal velocidad que apenas podía mantener los ojos abiertos.

—No sé si ha servido de algo —murmuró.

—Creo que hay tiempo de sobra —dijo Gregg, que añadió—: la desviación.

Su voz sonó tan humilde y tímida que se sintió avergonzada.

—No estoy acostumbrada a conducir por autopistas —le dijo al muchacho.

«Las colinas», pensó, tan desiertas, tan faltas de vida. ¿Cómo era posible que fundaran una escuela en esta tierra desolada? Las colinas del este; otra gente había vivido allí antes de los actuales habitantes, y otra más antes de la anterior. Estaba claro que alguien siempre había vivido en la zona. Los indios antes que los ingleses. Y antes que los indios... nadie lo sabía, pero sin duda alguna otra raza, alguna forma de vida, de inteligencia, de conciencia. Los animales, tal vez. Los había oído moverse, ágiles, alerta. Bastaba con esta forma de vida. Aquí, las colinas parecían vertederos, carecían de color; el suelo era basura, las plantas, manchas de hierba separadas entre sí, sembradas de latas de cerveza y papeles caídos desde lo alto de los cañones. «Esto es un cañón —se dijo—, no una hendidura.» Y el viento soplaba con fuerza, y el coche se escapaba de su control.

La ciudad estaba más lejos que nunca. De vez en cuando divisaba una casa, una valla publicitaria, una estación de servicio, aisladas unas de otras. «Incomunicadas», pensó. Destellos lejanos en la noche, a un lado de la autopista.

—Ahí está —indicó Gregg.

Ante ellos había un edificio, rótulos y una carretera; Virginia vio señales luminosas y señales blancas en el pavimento. El color anaranjado de un semáforo parpadeó; amonó la velocidad, aliviada de que nada malo hubiera ocurrido.

—Menos mal —murmuró.

Antes de que el semáforo se pusiera en rojo viró a la izquierda, y un momento después se hallaban fuera de la autopista. El tránsito continuó en la otra dirección, y pensó para sí: «Ahí os podráis».

—Conseguimos encontrarla —comentó Gregg.

—Sí. Bueno, la próxima vez ya sabremos dónde está. No tendremos de qué preocuparnos.

El chico asintió con la cabeza.

La carretera, mucho más estrecha que la autopista, se adentró en un huerto de árboles altos de aspecto curioso. Ella los señaló con aire complacido.

—¿Qué son? No parecen árboles frutales.

—No lo sé.

—Quizá impidan que la tierra se disgregue; o dispersen los vientos.

A su derecha sobresalía una lejana columna de detritus secos y rojizos apelotonados como la pared de una cantera, rematada por una línea de follaje grisáceo, pese a que el conjunto en sí era estéril.

—¿Falta mucho? —preguntó Gregg.

—Creo que no. Iremos por Santa Paula. Tú llevas el plano; si lo miras, sabrás cuánto nos falta.

Abrió el mapa y buscó Ojai.

—No está muy lejos —dijo ella. Vio árboles más pequeños, de ramas estrechas y muy agrupadas—. Naranjos —comprobó con alegría. El campo era fértil; los tractores se habían aposentado en medio del terreno—. Ésta es tierra de cultivo. —Y la tierra, gracias a Dios, era llana—. Creo que hemos llegado arriba de todo. Estamos en las montañas.

Gregg contempló los tractores y los hombres que trabajaban en las cercanías.

—Oye, son mexicanos.

—Tal vez sean peones ilegales.

Los naranjos eran tan pequeños que le daba la sensación de haber irrumpido en un mundo en miniatura; no le

hubiera sorprendido pasar frente a casas de azúcar hilado y pisotear a viejecitos minúsculos de barba cana con zapatos de punta vuelta hacia arriba. Su tristeza y nerviosismo se evaporaron y pensó que la escuela tal vez no le iría mal del todo.

—Pero ¿qué haré en la escuela? —dijo Gregg.

Se dio cuenta de que el chico aún no se había hecho una idea exacta de lo que le aguardaba; pensaba en el colegio como si fueran unas colonias de verano.

—Y... —añadió Gregg algo agitado, removiéndose en su asiento—... ¿y cómo haré para volver a casa?

—Vendremos a recogerte.

—¿Cuándo?

—El fin de semana. El viernes por la noche. Ya lo sabes.

—¿Y qué pasa si me pongo enfermo?

—Tienen una enfermera. Ahora, escúchame, eres lo bastante mayor para arreglártelas solo, no me necesitas cada minuto del día y de la noche.

Al oír esto, Gregg empezó a hacer pucheros.

—Para —dijo Virginia.

—Quiero volver a casa —lloriqueó el chico.

—Ya hemos hablado de esto. Sabes que aquí curarás del asma. Y estarás en una clase mucho más pequeña, con sólo cinco o seis niños.

Así se lo había expresado la señora Alt, propietaria de «Los Padres Valley School», en sus cartas.

—Quiero volver a casa —repitió Gregg, pero ambos sabían que la frase carecía de sentido; los dos sabían que la determinación de Virginia era inquebrantable.

La ruta que buscaban se desviaba a la derecha, atravesaba una densa arboleda y ascendía una cuesta alejada de las tierras de labor, los huertos y los campos. La vegetación era enmarañada. Penetraron en una zona abandonada que les produjo escalofríos. La carretera se hizo estrecha y tor-

tuosa, y ella fue una vez más consciente de la desolación y el vacío que separaba las ciudades. En una ocasión divisaron a un cazador. Por doquier había letreros con la advertencia:

PROHIBIDO EL PASO
PROPIEDAD PRIVADA
PROHIBIDO CAZAR O PESCAR

Las colinas, pensó, desprendían un fuerte efluvio a venganza. Advirtió los restos de alambradas que colgaban de los árboles; supuso que habían sido destrozadas para permitir el paso de los cazadores.

—Veo el río —dijo Gregg.

La pendiente y los árboles habían ocultado el río. Cuando el coche cruzó el puente, unos cuantos troncos atados precariamente, Virginia vio por un instante un grupo de pescadores con los sedales dispuestos. Habían aparcado sus coches a un lado de la carretera, lo que le obligó a disminuir casi hasta el límite la velocidad para sortearlos. Ninguno de los pescadores levantó la mirada.

—Vaya —dijo Gregg—. Mira... están pescando. —Los contempló durante largo rato—. ¿Podré ir a pescar? ¿Estamos cerca de la escuela? —Luego dijo—: Nunca he ido a pescar, pero Patrick Dix fue a pescar con su papá un día, cerca de una playa, creo, y agarraron un pez muy grande, de veras que muy grande. Me parece que era un tiburón.

La carretera giró de repente a la izquierda y se empinó de tal manera que el coche emitió ruidos sordos y las marchas de la transmisión automática cambiaron por sí solas. Puso la primera. Dos coches que venían en fila detrás de ellos se perdieron de vista.

—Menuda subida —dijo ella, lamentando no haberse informado acerca de las montañas—. Estamos subiendo mucho.

Continuaron la ascensión, curva tras curva, hasta llegar a la cumbre de la cadena montañosa. Bajo sus pies se extendía el valle de Ojai; ambos dejaron escapar una exclamación ante la panorámica.

—¡Qué llanura! —gritó Gregg poniéndose de pie para ver mejor.

—Allá vamos —dijo ella haciendo rechinar los dientes y aferrándose al volante.

Cada curva le recordaba que debería recorrer muchas veces la carretera, a veces de noche. «¿Cómo lo aguantaré? —pensó—. Más de noventa kilómetros cada vez...»

—¡Mira! —le advirtió Gregg—. ¡Un autobús!

Un achaparrado y viejo autobús se arrastraba penosamente hacia ellos; algunos niños alborotaban y brincaban en su interior. La estrechez de la carretera apenas permitía el paso del vehículo, que ya empezaba a hacer sonar el claxon. Sin saber qué hacer, Virginia se preguntó si circulaba en dirección correcta. El autobús emitió un segundo bocinazo y ella se apartó a la cuneta; algunos fragmentos de basura y ramas entraron por la ventanilla. Las ruedas de la derecha patinaron sin que el coche avanzara un centímetro; se había metido en un barrizal. Presa del pánico, forzó el motor y el coche volvió de un salto a la carretera. El autobús, justo enfrente, se desvió y la reprendió con otro toque de claxon; pasó junto al desvencijado armatoste al tiempo que del montón de basura se desprendía una parte.

—Dios mío —murmuró por fin.

Siguió conduciendo con un estremecimiento.

—¡Caray, nos faltó poco! —comentó Gregg.

El terreno se fue aplanando; habían dejado las montañas y alcanzado el valle. La carretera se hizo más recta; en el límite opuesto, a lo lejos, se veía la ciudad de Ojai. «Gracias a Dios», suspiró. Una ojeada a su reloj la convenció de que sólo había conducido por espacio de una hora y media. Hasta era posible que llegaran a tiempo de comer.

«Da igual», pensó. Al menos podría tomar una taza de café.

Al entrar en la escuela repararon en la presencia de más naranjos. El aire era cálido; el polvo, empujado por el viento, se deslizaba entre los árboles y se arremolinaba en el sendero. A ella le gustaba caminar después de tanto rato encerrada en el coche. Pero más allá de los edificios de la escuela se alzaban las montañas, las temidas montañas.

—¿Estás mareado? —le preguntó a Gregg. El chico había aminorado el paso y rebuscaba algo en el bolsillo de la chaqueta—. Olvida el *spray*, no te estás ahogando; no lo has hecho desde que salimos de L.A. No cabe duda que era la contaminación. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien —pero apretó en el puño el *spray* de adrenalina.

Lo había usado antes de bajar del coche, manchándose los pantalones. Su temor había aumentado, y en cuanto ella dejó de caminar, la imitó.

—Imagino que tienen los caballos en esa cuadra —dijo para confortarle—. ¿No hay alguien cabalgando por allá? —Le obligó a mirar hacia una ladera cubierta de árboles y de hierba al otro lado de los terrenos de la escuela. Una estela de humo se interponía entre los arbustos de las colinas y el campo deportivo de la escuela—. Por lo que veo, juegan al fútbol.

Un limonero de hojas oscuras y lustrosas crecía al pie de los peldaños en que concluía el sendero. Gregg desgajó una mata; fruta, flores y hojas cayeron de sus manos mientras Virginia subía los peldaños. Su rostro expresaba un resignado empecinamiento. De repente se sintió deprimida y se preguntó si la escuela, la idea concreta de alejarle de casa, iba a funcionar.

—Depende de ti, querido. Si no te gusta esto, puedes volver a casa. Ya lo sabes. Pero queremos que lo intentes.

Sin dignarse responder, contempló el edificio principal, los ojos entrecerrados y los labios apretados firmemente. En su frente se agolpaban de nuevo surcos, arrugas y pliegues de preocupación, como si le oprimiera la magnitud del edificio. Los terrenos de la escuela, a esta hora, estaban desiertos; el semestre había terminado y los niños gozaban de una semana de vacaciones en su casa. Ni siquiera vio algún profesor. «Dentro de uno o dos días», pensó. Entonces todo recobraría el ritmo habitual.

—Hay una senda que se adentra en las montañas. Puedes ir a pie, acampar, encender un fuego y dormir en una tienda, como hizo tu amigo Bob Rooley en las colonias de verano. —Al recordar las fotos del folleto adjunto en una de las cartas de la señora Alt, dijo—: Piensa en los conejos, la cabra y los caballos..., perros, gatos, toda clase de animales. Hasta una zarigüeya. Enjaulada.

El asco se reflejó en el rostro del chico.

Las puertas de cristal del edificio que tenían enfrente estaban abiertas. Gregg se coló entre ellas. El vestíbulo, oscuro y silencioso, le recordó a Virginia un hotel pasado de moda. También había una recepción. Y todo tan silencioso. Para aparentar dignidad, decidió; para impresionar a los padres. Unos peldaños conducían al segundo piso. Y, al fondo, el comedor.

—Voy a ver si consigo una taza de café —le dijo a su hijo.

Ni siquiera un conserje había aparecido para darles la bienvenida.

«¿Qué haremos ahora?», se preguntó.

A su derecha, en un hueco que hacía las veces de biblioteca, dos amplias ventanas se abrían sobre el valle. La escuela había sido construida en un terreno elevado a propósito, concluyó, mientras se dirigía hacia las ventanas. La ciudad de Ojai se destacaba en primer término; edificios de estilo español que había visto de pasada. La hiedra crecía incluso en las paredes del aparcamiento. Un parque se ex-

tendía a casi todo lo largo de la única calle importante de la ciudad. En la acera opuesta, una serie de tiendas adosadas unas a otras le hizo pensar en una misión. Todas con su arco de adobe. Y la oficina de correos de la esquina tenía forma de torre. Ocupaba la planta baja, coronada por algo similar a un campanario.

El parque, que divisaba a la perfección, disponía de varias pistas de tenis. Sí, ahí irían a jugar los partidos. Y también asistirían a los conciertos al aire libre. Más allá de la ciudad, el valle se extendía hasta las montañas, superficies perpendiculares que formaban ángulos rectos. Pero el valle era ancho; no se sentía constreñida, a pesar de que las montañas se alzaban en todas direcciones. La única forma de salir era por arriba. Según el mapa, había dos carreteras, ambas peligrosas y empinadas.

—¿No es maravilloso? —preguntó, dirigiéndose a Gregg, que había vuelto a su lado.

—Sí.

—Estábamos en aquellas montañas. Las hemos atravesado en coche. ¿A que es emocionante?

—Sí.

Empezó a caminar sin rumbo fijo, inquieta, de la biblioteca al vestíbulo, de allí a la recepción, y volvió sobre sus pasos. La puerta de un despacho estaba abierta. Pilas de libros cubrían el suelo, el mismo libro repetido una y otra vez, un libro de texto. Le trajo a la memoria su propia infancia: curiosear en un aula por primera vez, el aroma del barniz y del papel, una despensa parecida a ésta.

Una mujer apareció por una puerta lateral, la vio y dijo:

—¿Puedo ayudarla?

Era una mujer de mediana edad, con una fuerte y pronunciada nariz, que vestía pantalones y una camisa de lona. Su enérgica mirada y el paso firme le proporcionaban el aura de autoridad que Virginia recordaba tan bien: aquella mujer gozaba de la vitalidad característica de las maestras

profesionales, un espécimen que había puesto en cintura a los jóvenes desde los tiempos del Imperio Romano.

—Soy Virginia Lindahl.

—¡Oh, sí! —La mujer extendió la mano—. Soy Edna Alt. —Llevaba el pelo cepillado hacia atrás y atado (por supuesto) con una cinta de goma. Sus mejillas, aunque firmes, tenían un tono grisáceo, probablemente obtenido a base de excursiones y de supervisar trabajos de artesanía al aire libre—. Me tomaré la libertad de llamarla Virginia.

La señora Alt le dedicó una sonrisa que suscitó en ella el siguiente pensamiento: «Así te sonríen en el momento de afiliarse a un activo partido revolucionario».

—¿Éste es Gregg? —preguntó la señora Alt.

—Sí. Ojalá me hubiera advertido alguien de lo duro que es el camino, señora Alt. Todas esas curvas y revueltas...

—Si un autobús escolar puede recorrerlo, un viejo autobús con veinte años de servicio a sus espaldas, usted también puede hacerlo —dijo la señora Alt, en cuya sonrisa vibraba aún el mensaje subliminal dirigido a potenciar la confianza en las propias posibilidades; era un mensaje afable, incluso optimista.

Virginia no se lo tomó a mal; aplaudía la teoría de la señora Alt de conferir a todo el mundo grandes capacidades. Era el mismo tono que había notado en las cartas de la señora Alt, una de las razones que la habían impulsado a elegir la escuela «Los Padres» entre varias.

—Creo que me crucé con su autobús —dijo Virginia.

Pero ya la señora Alt había trasladado su atención a Gregg.

—Caramba —dijo la mujer sin que la expresión sonara fatua o extraña en sus labios, sino más bien entusiasta y espontánea—. Así que éste es el muchachito con problemas respiratorios. ¿Tienes ahí tu *spray* de adrenalina? —alargó la mano para cogerlo—. ¿Sabes, Gregg? Apuesto a que no lo vas a necesitar aquí.

«Es fácil hablar así cuando puedes pasarte sin él —pensó Virginia—, y espero que gane la apuesta, señora Alt, porque la broma me va a costar doscientos cincuenta dólares al mes.»

—¿Te gustaría ver tu habitación? —preguntó la señora Alt a Gregg, que la miró sin decir nada—. Si quieres, puedes hacerlo. —Cogió el spray y le guió resueltamente hacia la escalera. Gregg se rezagó—. O puedes ir afuera. Creo que James está herrando los caballos. ¿Has visto alguna vez cómo lo hacen?

Su voz adoptó un tono susurrante y misterioso, como si fuera a revelar algún secreto. A Virginia le recordó los programas infantiles radiofónicos; aquellas damas hablaban de la misma forma. Tal vez se había convertido en un dialecto de la profesión. Pero Gregg, poco a poco, empezó a reaccionar.

Sin moverse de donde estaba, contempló como la señora Alt conducía a Gregg al exterior, a la terraza de piedra, y luego bajaban un tramo de escalera.

«Y ahora —pensó Virginia— te meteré en la olla, jovencito. Ahí cocinamos a los chicos nuevos. Pero —se dijo— conoce su oficio. No es nada tonta. Mi madre y la señora Alt; podrían ir de la mano. Vaya par.»

La señora Alt regresó a toda velocidad, resoplando como si hubiera caminado durante kilómetros.

—Nos hemos parado un momento para ver cómo montaban las tiendas —dijo—. Cuando hace calor dormimos al aire libre. Tenemos una atmósfera excelente.

—Está mucho mejor del asma —dijo Virginia.

La señora Alt la asustaba un poco.

—Sí, me he dado cuenta de que respira con absoluta normalidad. ¿Desde cuándo tiene esas dificultades? Me da la impresión de que podría deberse a una situación emocional en el ambiente familiar más que a la contaminación, ¿no le parece? Venga a la oficina y sacaré su carta del fichero.